

Arturo Torres-Rioseco

A Gabriela Mistral en su muerte

(Cuatro momentos)

I



YO TE canté a la entrada de la gloria
en una primavera sin retorno,
yo te canté en el verso sin adorno
que nace del cariño y de la euforia,
en la lejana fecha señalada
por el dedo de Apolo en tu destino
cuando nació la clave en tu camino
simbolizada en rosa y en espada.
Yo te canté con labios de pureza
con una voz salida de mi entraña,
con la humildad nacida de la caña
en un éxtasis niño de belleza.

En esa noche en que nació la fuerte
revelación de tu primer intento
y, alas enardecidas en el viento,
pasaron tus «Sonetos de la Muerte».
Yo te canté como árbol que florece,
como abeja que sale a la luz pura,
como canta el jilguero en la espesura,
como copa de acacia que se mece
en el aire delgado de la noche,
como la voz del agua por la arena,
como la muerte azul de la azucena
nieve encendida en su callado broche.
Esa fue tu primera aparición
en el espejo de mis ojos, esa
la primera virtud de tu grandeza
en mi pequeño mundo de ficción.
Pero fue nudo y dardo, leche y miel,
signo de ala y espacio sin frontera,
la primera mañana de mi espera
y la primera sangre de mi piel.

(Santiago de Chile, 1915).

II

El indio y el nopal,
el cielo de la altura,
la madurez segura
de Gabriela Mistral.

Ese viento lustral
desnudo en el lago
y el purísimo halago
de Gabriela Mistral.
¿Es sensontle o quetzal,
ese canto perdido,
o es el canto dolido
de Gabriela Mistral?
La sangre de cristal
que en mi pulso no estalla,
y la voz que se calla
de Gabriela Mistral.
Eternidad que hiela
o que invita a la nieve
en una hora breve
de amistad con Gabriela.
Y estrella que riel
desde su noble altura
y el soplo de dulzura
que nos trae Gabriela.
¡Ay! México irreal
tan lejos de este mundo,
en momento profundo
con Gabriela Mistral.

(México, 1922).

III

Mientras soplabá el silencio,
mientras el misterio se envolvía en su piel de venado
y unas negras violetas caían en el mar;
mientras un olor de tinieblas temblaba afuera,
mientras navegaban aviones incendiados
y corrían caballos rojos en el viento
nos imaginamos en tu Valle del Elqui;
tratamos de fingir un paisaje muerto
por las distancias y falta de sonido;
tratamos de vivir debajo de los párpados,
encerrarnos en el ataúd de los recuerdos,
soplar la lluvia y el viento hacia arriba,
hacer de la nieve llamas
y tender las manos hacia los cabellos de los
[muertos.

Todo fue inútil porque el momento
es como roca muerta junto al mar,
y la abeja quemada está ceniza,
y el canto anda lejos por las radios.
Los pájaros chilenos eran aves de trapo,
la lloica estaba muerta en la chimenea,
el queltehue era un hueso en un alambre,
las torcazas nos miraban desde los cuadros,
las diucas eran espectros picoteando los vidrios.
Estábamos en una noche de herbarios,
en un largo cementerio marino,
con escapularios, dedales y patas de muñecas,

y corazones amarillos clavados de alfileres,
y dientes rotos en las alfombras.

El «cielo azulado» de nuestro puro Chile
estaba envuelto en un sudario de viuda.

Y entonces nos hicimos incorpóreos,
y empezamos a girar eternamente
en un espacio de nieve interminable.

(Santa Bárbara, California, 1947).

IV

Va sola en soledad de muerte justa
por un vacío suyo ya cercado,
sin ese pobre cuerpo desolado
que alguna vez le dio mirada adusta.

Va indiferente a la palabra injusta,
al «comentario baladí» o airado,
con la dulzura triste del venado
y su serenidad de sombra augusta.

Va en busca de una zona milagrosa
—habitación del pájaro y la rosa—
en esa lejanía apetecida

que por buscarla en esta tierra ruda
la iba dejando cada vez más muda
y le agrandaba cada vez su herida.

(Nueva York, enero 10, 1957).